Domingo 2 de julio de 1995

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

EDITORES Y LIBREROS ANTE LA CRISIS

Todos aceptan que se compran menos libros pero niegan que la recesión los afecte. Hablan de reestructuración, de reimpresiones y de disminuir la cantidad de títulos que se editan por mes. A la vez, hay despidos, ajustes en los gastos y postergaciones sin fecha de nuevos proyectos. Una investigación de Blas E. Martínez, que incluyó a cuatro editores y tres libreros, refleja que la realidad del mercado del libro no es tan radiante como la describen sus protagonistas (páginas 2-3).

ESTAMOS MAL PERO VAMOS BIEN



LIBROS 95

HOY NO SE FIA, MAÑANA SI

NADIE ADMITE LA CRISIS

BLAS ELOY MARTINEZ

Hace más de sesenta años, el fundador de Sudamericana, Antonio López Llausás, llegó a la librería de la que entonces era propietario, en Barcelona, y descubrió una pila de libros amontonados en un rincón. Extrañado, preguntó a uno de sus empleados cuál era la razón del desorden. "Estos", le respondieron, "son los libros que separó el señor X", aludiendo a uno de los clientes asiduos de la librería. Semanas atrás, López Llausás le había advertido a ese cliente que ya no podía —por moroso— retirar un libro más sin pagarlo. Desde entonces, le dijo el empleado, el pobre X seguía yendo con la regularidad de siempre y apartaba los libros que se habría llevado si tuviera dinero.

Los dramas que aquel lector español vivía en los años 30 no son demasiado distintos de los que vive ahora el lector argentino.

EL VERDUGO: LA ECONOMIA. En el mercado de los libros hay siempre alguna crisis: de estancamiento, de liquidez, de talento, de expansión. La de 1995 parece ser la peor y, sin embargo, no es nueva. Este año la crisis tomó nueva forma. Como X, su imagen es la de los viejos compradores que observan los anaqueles, codiciosos e impotentes, con los bolsillos vacíos. Las editoriales redujeron en un 30 por ciento tanto las tiradas de nuevos títulos como las reimpresiones, y en las librerías las ventas cayeron entre un 30 y un 40 por ciento en los últimos meses.

Si los ex compradores entran en las librerías es sólo para estudiar precio por precio, aun los de los libros más baratos, y vuelven a la calle con la misma rapidez. Por otro lado la crisis sigue siendo causa, como ya es costumbre, de acusaciones cruzadas y de repartos desiguales de responsabilidades. En los pasillos de las editoriales las imputaciones se disparan al doble de velocidad de lo que se vende un best seller en las librerías.

Todos, editoriales y libreros, apuntan a la economía como única responsable de la crisis que les tocó vivir. Daniel Divinsky, de Ediciones De la Flor, resalta este hecho: "A partir de las inflaciones y de las situaciones económicas que se plantean desde el '80 en adelante, se produce una quiebra total entre los que lo pueden todo, los que si son consumidores de cultura siguen comprando con la misma intensidad, y los que no pueden nada, a quienes les da lo mismo que los libros cuesten la mitad porque tampoco pueden comprarlos. ¿Cuál es la diferencia en los últimos meses? Que quienes disponen de dinero se asustaron y decidieron guardar un poco por las dudas. Pero también se sanea la demanda de libros. "Esto quiere decir que quienes compran libros es porque los necesitan o porque les gusta leer o porque sacrifican otros consumos. Lo que se deja de vender es el libro basura, los chistes de gallegos, la nada entre dos tapas. Eso a mí me parece saludable, aunque se perjudiquen algunos colegas. Lo que existe ahora, entonces, no es un problema cultural sino económico, que afecta la demanda marginal y ahuyenta a los que compran libros porque les sobra el dinero y no porque los necesiten."

Pero cuando todo es negativo, siempre se puede encontrar alguna comparación que despeje el horizonte. En ese sentido Javier Vergara es el editor más optimista, aun cuando asegure estar preparado para un año más de oscuridad: "Yo diría que esta crisis es la más soportable, porque es una crisis que tiene una esperanza. Yo creo que peor sería vender mal y tener hiperinflación. Ahora, por lo menos estamos pasando una crisis que no nos es desconocida, porque la viven cíclicamente los países. Sabemos que este problema durará algunos meses, quizá un año, pero de esto se sale".

RECORTES Y FUSIONES. Un rumor insistente señaló, la semana pasada, que el Grupo Planeta era el más castigado por la crisis. "Cuando se fusionaronsus dos empresas, Planeta y Espasa Calpe", deslizó un editor ajeno al sello, "tuvieron que dejar cesante a casi un 20 por ciento del personal".

Pero el vocero de Planeta, Ricardo Sabanes —gerente editorial—, niega de plano tal crisis: "En nuestro caso no hay una reducción en las ventas", dice. "Hay una baja que, por un lado es estacional, y por el otro se debe a la situación económica. Pero la crisis no existe en nuestro caso. Por algo se habla de Planeta como ejemplo o como objeto de admiración-envidia. El negocio del libro se maneja con un 75 por ciento de supuestos y el resto es la verdad. Lo que sí es cierto es que hay un proceso de unificación en algunos sectores de la empresa, para optimizar áreas de servicio. Pero no es algo nuevo: se viene dando desde mediados del año pasado."

Para Divinsky, en cambio, los recortes dentro de algunos sellos responden a la realidad del mercado en la Argentina: "Lo que hay es una vuelta a la normalidad. Nosotros no sufrimos los avatares de la crisis porque la estructura de De la Flor es chica. No tenemos un equipo de vendedores para el cual haya que sacar varias novedades todos los meses ni un equipo de producción al que debamos dar trabajo continuamente. Es una situación privilegiada. Los más damnificados son los que están obligados a niveles elevados de venta. Las grandes editoriales vivieron en una burbuja provocada por el optimismo típico del gran capital. Con tres o cuatro libros llegaron a vender más de cincuenta mil ejemplares; entonces pensaron que debían hacer lo necesario para que todos los libros vendieran esa cantidad. Y ahora los libros que se venden son los libros que se escriben, no los que se inventan".

Por su parte, Gloria Rodrigué, de Sudamericana, asegura que el nego-

LA PLATA DE LOS LIBREROS

Entre las librerías, las ocho que integran el grupo Yenny son, tal vez, las que atraen mayor cantidad de rumores y mitos. La cadena se fundó en Ituzaingó y en un principio vendía material didáctico. Con lo que ganó la primera librería se instaló una segunda, también en la provincia. Las ansias de entrar en el mercado grande de la Capital llevaron a Edgardo Skidelsky, dueño de la cadena, a cerrar las dos librerías suburbanas e inaugurar una en la Capital. El lugar elegido fue la Galería Rivadavia, en Caballito. En el local elegido funcionaba otro negocio que se llamaba Yenny. El dueño del negocio le pidió a Edgardo Skidelsky que dejara el nombre del negocio porque era el de su hija y el logotipo dibujaba su perfil. Hoy, el objetivo del grupo es expandirse.

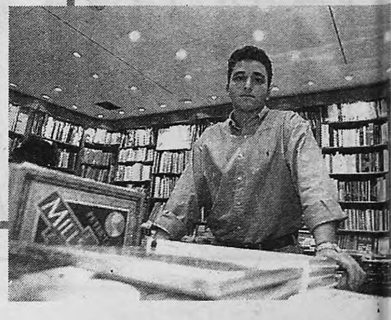
Lo que sigue son los comentarios de Ernesto Skidelsky, hijo de Edgardo y actual director de la cadena.

"En el mercado del libro, como en todos los mercados, hay mucha mediocridad y envidia. `Cuidado', dicen algunos. `Que esa librería no crezca mucho porque puede negociar de otra manera.' Esto es un error. Todos estamos en el mismo negocio. Todos podemos vivir sin el otro, pero juntos podemos vivir mucho mejor. Creo que hay determinadas editoriales con las cuales la relación es difícil. Algunas entienden el negocio mejor que otras. Toda editorial que saca un libro necesita de una librería para venderlo, si no el libro se muere.

"Yenny es una cadena de librerías fundada por mi padre hace treinta años. Nunca hemos dejado de pagarle a nadie y no vas a encontrar editor que diga que nuestra cadena se ha construido con la plata de las editoriales. Obviamente, Yenny tiene problemas financieros. Nosotros íbamos a financiar nuestra expansión en el Tren de la Costa por medio de bancos. En ese momento ocurrió la devaluación en México, y por el llamado efecto tequila los bancos argentinos cortaron los créditos. Entonces Yenny tuvo que autofinanciar el proyecto y rescindir los pagos a los proveedores, pero no fue una actitud inconsulta. La realidad es que nos sentamos a charlar con sus proveedores explicándoles cuál era la situación.

"A partir de ahí, hubo editoriales que nos apoyaron en serio. Esas editoriales dijeron `no hay problema, nosotros sabemos que ustedes cumplieron y van a seguir cumpliendo siempre'. Y hubo editores que no. Yenny ha vuelto a regularizar sus pagos, se ha expandido con muchísimo esfuerzo. Pero lo importante es decir qué está haciendo Yenny con la plata. Utilizamos la plata para poner tres librerías nuevas. Supongo que a los editores les debe importar que haya nuevas librerías, porque les interesa vender libros.

"Entonces yo me pregunto cuál es el problema de algunos editores. ¿Tienen miedo de que nos agrandemos demasiado y que del otro lado de la mesa haya gente que pueda negociar con más fuerza que ellos? Justamente esos editores son los que de alguna manera no apoyaron a Yenny, pero también son los que luego de haber abierto locales en el Tren de la Costa vinieron a buscar nuestro apoyo porque nos necesitaban para vender."



Ernesto Skidelsky, el director de Yenny.

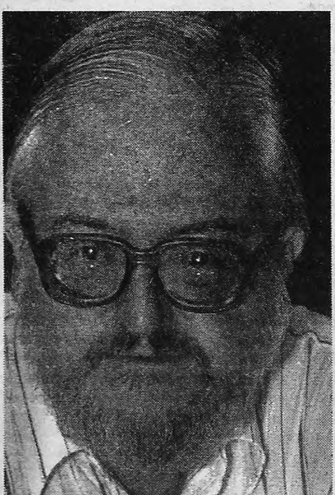
cio del libro es mucho más fácil de lo que parece, por lo menos en lo que a finanzas se refiere: "Nosotros nunca hicimos una reestructuración. Nunca fuimos dispendiosos. Siempre fuimos realistas, chiquitos, cuidadosos. Hay muchas formas de hacer un libro. Podés pasar de una producción de ocho libros a diez o doce sin contratar a nadie. Y eventualmente, si la cosa viene mal y tenés que achicar de diez a ocho, no necesitás echar a nadie. Porque cuando todo está en la bonanza y todo va bárbaro es fácil, pero cuando empezás a achicar es terrible tener que echar a gente".

TIRADAS Y REIMPRESIONES. Uno de los lugares donde la crisis ha ejercido mayor efecto es en la reducción de la tirada de libros y de los planes editoriales así como en una menor inversión en publicidad. Estos mecanismos son ahora comunes en todas las editoriales, cuando la bonanza ha desaparecido junto con las ventas. "A simple vista se ve que hay menos publicidad gráfica de libros. Si a lo que se aspira es a colocar tirajes menores, entonces también baja la publicidad masiva", comenta Daniel Divinsky, a quien la crisis no parece haber causado mayores trastornos.

Para Gloria Rodrigué, el punto clave está en las reimpresiones, donde –cree ella– se está jugando ahora el destino de las editoriales. De hecho, al entrar en su editorial, un gran cartel advierte que no se recibirán más originales en lo que resta del año, producto, tal como ella lo explica, del achicamiento del plan editorial: "Nosotros reducimos la tirada de libros. Achicamos el plan. Antes hacíamos doce por mes, ahora hacemos ocho. Y mantenemos la tirada porque en realidad nunca fue muy grande. Lo que sí disminuyó fue la reimpresión. Además es muy fácil: tenemos que usar la mesura. Baja la venta, se vende menos, duran más las reimpresiones. Con las reimpresiones no te cargás de stock, no te equivocás. Es muy fácil este negocio. Si vos hacés tres mil y vendiste tres mil hiciste negocio. Si hiciste cinco mil y vendiste cinco mil hiciste negocio. Si hiciste diez mil y vendiste seis mil, perdiste. Y qué fenómeno vender seis mil, pero si hiciste seis mil".

> Aunque se venden muchos menos títulos y ejemplares que el año pasado y los lectores piensan durante horas antes de comprar, los editores argentinos siguen confiando en sus clientes: quienes aman los libros, dicen, se privan de cualquier cosa menos de su pasión.
> Sin embargo, más de un gran sello está implementando recortes y ajustes o reduciendo tiradas y personal.

Este argumento no parece preocupar mayormente a Ricardo Sabanes de Planeta, quien se muestra confiado en que la venta de sus libros no disminuirá: "Nosotros seguimos saliendo con diez mil o quince mil, comoantes. Lo que pasa es que disminuimos las novedades. Obviamente, entonces, la tirada global se reduce. Imprimimos menos toneladas de papel. Pero eso no influye en el ingreso neto porque éste es producido por las novedades que ahora funcionan más en profundidad y por la venta del fondo editorial que en momentos de gran oferta editorial queda opacado".


Daniel Divinsky, de Ediciones de la Flor

LIBREROS Y EDITORES. Algunos resentimientos se mantienen entre librerías y editoriales. Para algunas de éstas, el problema es sólo económico: argumentan que las librerías gozaron su momento de auge con la inflación. Cualquier plazo que tuvieran, disminuía el monto a pagar. Con estabilidad, el negocio se achicó. Ahora, dicen, sólo las cadenas de librerías son rentables. Las editoriales que fabrican best sellers prefieren entregarlos a los grandes supermercados, ofreciéndoles mejores condiciones, y dejan en inferioridad de condiciones al librero, que es quien vende los demás títulos. Por otro lado, muchas editoriales poseen librerías y las muestran como garantía de que aún siguen creyendo en ese canal como el más apto para las ventas. Mientras tanto, los kioscos y los supermercados aparecen para muchos libreros como fuertes competencias.

"Nosotros con Catalonia no estamos en el mejor de los momentos, pero vamos a seguir", dice Gloria Rodrigué. "Porque, además, si no vendemos en las librerías, hay un montón de libros que no sé dónde los vamos a vender. La literatura sólo se vende en las librerías. En los kioscos sólo venden los libros que tienen mucha propaganda, que pegan mucho", expone Rodrigué, al mismo tiempo que Tito La False, gerente de ventas de Sudamericana completa la idea: "La librería es para trabajar el catálogo, el fondo editorial. Los supermercados son para los libros puntuales. Y el kiosco también". Por otro lado, para Rodrigué hay un problema de cobranza: "Nosotros tenemos problemas como todo el mundo. Porque venimos de unos meses de venta muy buena, con mucho dinero en la calle. Ahora se cae la venta, como pasó en marzo, y el librero no guardó la plata para pagar lo que ya vendió". Pero las cosas nunca son tan graves como para que no exista alguna solución: "Ahora vamos a publicar un libro con el que nos vamos a poner al día con los libreros. Cuando vos tenés un libro fuerte ahí podés jugar un poquito. 'Pagame porque, si no, no te puedo entregar.' Y ahí te ponés al día".

En el interior del país, la crisis es más aguda que en Buenos Aires. Uno de los libreros de mayor prestigio, el tucumano Mario Rubén Kostzer, señala que las librerías están "amenazadas porque dependen, para sobrevivir, del libro masivo, y éste exige condiciones especiales como locales en puntos comerciales claves y espacios generosos para exhibir las novedades".

En el interior, según Kostzer, las librerías agonizan porque las editoriales suman, a los inconvenientes apuntados, el cobro de fletes muy costosos. Mayor es aún el problema con los libros de texto, que se venden sólo una vez al año. "La comercialización es llevada a cabo de manera perversa por las editoriales: ofrecen condiciones de rentabilidad ridículas y exigen riesgos que cada año amenazan el patrimonio de los libreros. Así, no es posible ofrecer libros escolares a crédito ni con tarjetas".

"Hay provincias donde ya no existen librerías", se lamenta Kostzer. "Los argentinos del interior ya no tienen derecho a la información ni a la cultura general ni al esparcimiento. El país se ha empobrecido, tal vez irreversiblemente ●"



Best Sellers///

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	1	35
2	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento. Un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, alguno que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor bohemio donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con vertiginosa lentitud.	3	16
3	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	5	15
4	*No sé si casarme o comprarme un perro*, por Paula Pérez Alonso (Tusquets, 16 pesos). Con el telón de fondo de una Argentina que se niega a cicatrizar sus heridas de guerra, Juana –inusual heroína de esta primera novela– pasea con gracia y angustia su disyuntiva doméstico/existencial: ¿la caricia cómplice de un perro ladrador o la mordida rabiosa de los hombres?	7	3
5	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza del Octubre Rojo* vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados: una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	2	12
6	*El vengador*, por A. J. Quinnell (Emecé, 18 pesos). Dos asesinatos, uno en Hong Kong y el otro en Zimbawbe, parecen estar relacionados. Un mercenario es contratado para encontrar a los responsables y eliminarlos. El autor de *El guardaespaldas* vuelve con otra novela que recurre a los mismos ingredientes que lo hicieron famoso: venganza, violencia y amor.	4	3
7	*Historia de fantasmas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 11 pesos). Una familia japonesa se establece en Nueva York ante el ascenso del jefe del grupo. El entusiasmo y la excitación por la perspectiva de una nueva vida se esfuman cuando los cuatro miembros de la familia Shamada descubren que su nuevo hogar está habitado por fantasmas implicados en un asesinato.	8	7
8	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	9	11
9	*Inocente*, por Fernando Niembro y Julio Llinás (Grijalbo-Mondadori, 16 pesos). Una investigación novelada donde se combinan los elementosdel thriller conspirativo girando alrededor de la figura de Maradona, el affaire de la efedrina y las intrigas político-corporativas del mundo del fútbol internacional durante el último Mundial de Estados Unidos.	6	11
10	*Lento vals en Cedar Bend*, por Robert J. Waller (Atlántida, 19 pesos). El autor de *Los puentes del Madison County* relata una historia de amor con personajes reales y creíbles que se pasean por Iowa y la India.	10	3

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	3	7
2	*La novena revelación: Guía vivencial*, por James Redfield y Carol Adrienne (Atlántida, 14,90 pesos). Complemento de la exitosa novela, este libro de autoayuda desarrolla extensamente las utilidades de las nueve revelaciones para descubrirlas en la vida cotidiana.	1	3
3	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado *¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?* el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	2	10
4	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	4	11
5	*¿Qué es la democracia?*, por Alain Touraine (Fondo de Cultura Económica, 15 pesos). El autor hace una revisión retrospectiva del concepto de democracia para analizar el verdadero significado que esa frase tiene en la actualidad. Plantea la necesidad de darle contenido a una democracia cada vez más asediada por el fantasma del autoritarismo.	5	10
6	*Borges, un escritor en las orillas*, por Beatriz Sarlo (Ariel, 16 pesos). Un ciclo de conferencias que la autora dictó en la Universidad de Cambridge. Las hipótesis de estas conferencias rescatan básicamente dos líneas: la posición del autor de *Ficciones* ante la cultura nacional y las concepciones políticas que trasuntan sus textos.	6	3
7	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.	9	9
8	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialismo, perono dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	10	28
9	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Calpe, 16 pesos). La socióloga y periodista Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	8	26
10	*Derecha e izquierda*, por Norberto Bobbio (Taurus, 17 pesos). El autor de *El futuro de la democracia* establece el sentido de los términos izquierda y derecha, examinando las razones de los escépticos y redefiniendo la distinción entre ambos campos mediante el análisis del tratamiento que cada uno de ellos hace de la idea de igualdad.	7	6

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Jorge Semprún: **La escritura o la vida** (Tusquets). El autor de *La segunda muerte de Ramón Mercader* y ministro de Cultura español entre 1988 y 1991 cuenta con el mismo espíritu iconoclasta que habita sus novelas los episodios de su vida de escritor en una reflexión que excede las peripecias de un oficio.

Héctor Tizón: **Luz de las crueles provincias** (Alfaguara). Todo nuevo libro del jujeño Héctor Tizón es el tramo de una búsqueda literaria fascinante. Nuevamente el escenario elegido es la crueldad de la educación sentimental provinciana narrado con un lenguaje directo y revelador.

Carnets///

ENSAYO

Ante la ley

EL LENGUAJE Y LAS INSTITUCIONES FILOSOFICAS, por Jacques Derrida, Paidós, Pensamiento Contemporáneo, 1995, 134 páginas.

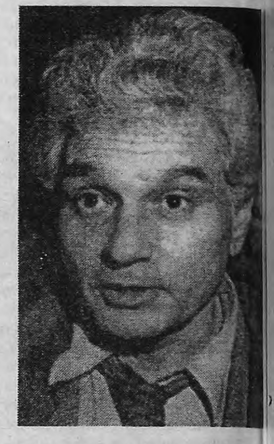
En una anécdota de veracidad dudosa se cuenta que cuando el filósofo argentino Carlos Astrada se presentó en Alemania para entrevistarse con Martin Heidegger se encontró frente a un litigio idiomático. Luego de recibirlo, el secretario de Heidegger fue a comunicar su presencia al autor de *Ser y Tiempo*, anunciándolo como un "filósofo argentino". Heidegger le dijo que debía tratarse de un error. El secretario volvió a consultar con Astrada, quien aclaró: "Un profesor de filosofía argentino". Heidegger recibió el mensaje y exclamó: "En ese caso sí. Sólo se puede filosofar en alemán".

Verdadera o no, la historia plantea la idea de un vínculo estrecho entre el modo de pensar y la lengua, una de las preocupaciones permanentes de Jacques Derrida y que es una constante en *El lenguaje y las instituciones filosóficas* que incluye cuatro ponencias que tuvieron lugar en la Universidad de Toronto entre mayo y junio de 1984. La relativa lejanía de la fecha no impide leer como actuales los planteos de Derrida, quien sigue empeñado en la infinita tarea de la llamada deconstrucción, de la cual es al mismo tiempo el fundador y su representante más lúcido.

Este sistema de lectura trabaja, como una continuidad del estructuralismo, sobre las oposiciones internas de los textos, única operación posible –a juicio de Derrida, quien ya planteaba en uno de sus primeros textos, *De la gramatología* (1967), la imposibilidad de la interpretación– basándose en la inexistencia de una lengua originaria. El contexto es indeterminado y por lo tanto no es posible traspasar los límites del texto, porque toda interpretación (es decir, una vinculación del texto con su contexto social, cultural o político) implica un recorte incompleto o impreciso. Por eso la única operación segura es mantenerse en los límites de un texto predeterminado –aunque ese texto no necesariamente es lo que se entiende por obra, otra de las ideas cuestionadas por el pensamiento derrideano.

El lenguaje... trabaja con la cuestión institucional, algo que ya formaba parte de las preocupaciones de Derrida en *La filosofía como institución*, que recogía una serie de conferencias dadas en España en 1981. Los textos analizados en *El lenguaje...*, un fragmento del *Discurso del método* de Descartes, *El conflicto de las facultades* de Kant y la crítica de Schelling a este texto, se vinculan con el estatuto legal del discurso filosófico en dos aspectos: la lengua en la que se escribe y el lugar institucional que le cabe dentro del esquema científico y cognoscitivo del sistema universitario. En relación al primer caso, Derrida se centra en el hecho de que Descartes reivindique que su libro esté escrito en francés, en lugar de hacerlo en latín como era lo habitual, y vincula este hecho con el carácter universal de la razón en los planteos cartesianos. A la vez rastrea la operación política y legal que instaló el francés como lengua nacional en los tiempos de Descartes. El problema del idioma es una cuestión que compete a la ley, otra de las grandes obsesiones derrideanas y que se analiza en "Ante la Ley", un meduloso trabajo sobre la obra de Kafka que se incluye en *La filosofía como institución*.

La preocupación institucional, es decir la deconstrucción del sentido del quehacer filosófico, ocupa las dos últimas conferencias en este volumen, cuya cuidada traducción es producto de un trabajo colectivo realizado como parte de un seminario en la Universidad de Madrid dictado por Cristina de Peretti, autora del prefacio en el que se plantea como central la traducción en la práctica de la filosofía. Si bien esto no aparece de manera explícita, es el estatuto legal, la autorización del discurso y la práctica filosófica, e incluso de la filosofía y la lingüística, una de las constantes en la obra de Derrida y de suscontinuadores, que son muchos, sobre todo en la academia norteamericana. Tal vez una operación imprescindible cuando de lo que se trata es de postular "lecturas de textos".



Derrida se presenta como la cabeza visible de esta producción de lecturas que ha sido duramente criticada en estas dos últimas décadas, en especial por George Steiner, quien reivindica en sus refutaciones justamente el argumento de la autoridad. El movimiento de Derrida frente a este problema es doble: la deconstrucción de los argumentos de autorización y a su vez mantener la actividad de la lectura sustentado en la presencia del problema.

Más allá de la posición que se pueda tener ante esta cuestión, Derrida está, sin lugar a dudas, bastante más adelante de sus continuadores y sus lecturas tienen el atractivo de una inteligencia puesta en funcionamiento y no de un método aplicado con las melancolías de la rutina. El riesgo es la pérdida del sentido de la propia actividad y la repetición de problemas cuya existencia está previamente determinada: la ley, la autorización, el carácter problemático de la interpretación y la traducción y el estatuto provisorio de toda lectura.

MARCOS MAYER



FICCION

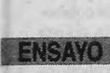
Cotidiano y

TECNICAS DE SUPERVIVENCIA, por Angélica Gorodischer. Editorial Municipal Rosario, 1994, 106 páginas.

Con su colección Narradores Rosarinos, la Editorial Municipal de Rosario revive textos de escritores que allá por la década del sesenta inauguraban su producción. Junto a *Había una vez..* de Ada Donato, *Mañana le pregunto* de Alma Maritano, *La ciudad de la Torre Eiffel* de Jorge Riestra y *Diario de un vidente*, de Alberto Laguna, apareció una antología de cuentos inéditos de Angélica Gorodischer, *Técnicas de supervivencia*. Aunque nacida en Buenos Aires, la reciente finalista del Premio Femenino Singular de la Editorial Lumen por su novela *Prodigios* vivió desde su infancia en la ciudad de Rosario, desde donde realizó su extenso recorrido literario inaugurado en la publicación en 1964, trabajando lo policial, lo fantástico y la ciencia ficción.

Técnicas de supervivencia reúne cuentos, hasta ahora nunca publicados en un volumen, escritos en diferentes momentos de su producción. En su prólogo la autora elige el término acuñado por María Elena Walsh de antojolías, para caracterizar a su antología como un "rejunte de antojos". Sin embargo la lectura de los cuentos no transmite la sensación de una publicación caprichosa, sino que permite encontrar en la supervivencia la conexión entre los textos.

Las protagonistas de cada una de las historias sobreviven a los inconvenientes que surgen en su vida cotidiana y salen triunfantes; las técnicas de supervivencia son la manera que les queda para mostrarse y mantenerse en escena, más allá de las técnicas de escritura que ensaya Gorodischer. Desplazamientos temporales y espaciales, desdoblamiento de historias, mezcla de narradores en tercera y primera persona, todos procedimientos propios del relato fantástico que vuelven caóticos ese universo femenino. Las imágenes plásticas de un cuadro de Cranach evocado del museo de Dahlem en Berlín occidental deciden el destino de Heidrun, radicada en Rosario, en "Cravatina"; una mujer termina con los suspiros de amor de un barco fantasma en "Las luces del puerto de Waalwijk vistas desde el otro lado del mar"; otra, amante del río y de la naturaleza, toma una decisión trágica para salvarlos del hombre que no



Françoise Giroud
Bernard-Henri Lévy
Hombres y mujeres

ENSAYO

HOMBRES Y MUJERES, por Françoise Giroud y Bernard-Henri Lévy, Temas de Hoy, 1994, 254 páginas.

El malentendido de los sexos

Françoise Giroud (1916), escritora y periodista, ex ministra de Condición de la Mujer en Francia, junto a Bernard-Henry Lévy (1948) –perteneciente con Michel Guérin, André Glucksmann y Jean Paul Dollé al grupo de los llamados "Nuevos filósofos" franceses– que se diera a conocer a través de libros como *Barbarie con rostro humano* (1977) y *El testamento de Dios* (1980), a lo largo de un prolongado contrapunto abordan una serie innumerable de temas que hacen a las relaciones entre los hombres y las mujeres.

Llamativamente el libro es producto de un proyecto editorial; tal como puede leerse en su presentación nace de un interés temático. Confiesa el editor: "¿Y si encargásemos a alguien escribir un diálogo sobre los hombres y las mujeres? Los editores tenemos la cabeza llena de ideas de libros". La elección de los autores se realizó pensando en las características que requería el libro.

Los autores abordan problemáticas específicas del ámbito de la vida íntima de las personas, el amor, el deseo, los celos, la seducción, el matrimonio, el erotismo, la belleza, la fidelidad, etcétera. Dos discursos diferentes, uno filosófico y otro periodístico, uno masculino y otro femenino, consiguen desplegar el horizonte de fenómenos que poseen una larga tradición histórica en el pensamiento occidental.

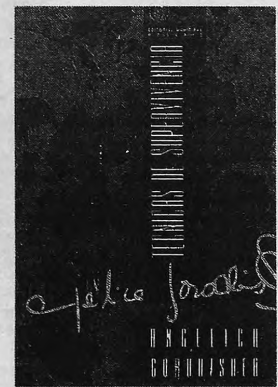
La hipótesis de Giroud afirma que la representación de la mujer cambió a partir de determinadas reivindicaciones que lograron los movimientos feministas en el siglo XX, las mujeres, que siempre fueron mudas respecto a su sexualidad, hoy hablan y deciden libremente sobre ella, pero todo ese cambio va acompañado de un silencio, un pronunciado ocultamiento del amor, de su expresión verbal, como si se tratase de algo que avergonzara. La otra hipótesis, la de Henry Lévy, que se forma tomando distancia de la anterior, sostiene que, respecto al tema del amor, nada ha cambiado, siempre fue –y es aún– la misma historia, el deseo, el entre dos, el malentendido básico que estructura cualquier relación amorosa, nuestro siglo no ha hecho aportes significativos que permitan afirmar que se produjo una mutación sustancial en aquella vieja historia. Para el filósofo, el amor, ese "infierno delicioso", ha asumido la representación de una "guerra de los cuerpos" y de los "cuerpos en guerra". Esa representación amorosa es producto de nuestro siglo, pero ella no es suficiente para afirmar que la experiencia del amor se ha transformado. Las preguntas que se hacen los autores –especialmente los planteos de Henry Lévy– conducen a una serie de problemas que no quedan clausurados en el diálogo, por el contrario, se abren conduciendo a cuestionamientos que necesitan ser desarrollados en otro contexto. Finalmente, a pesar de sus pretensiones ensayísticas, es en su mismo devenir donde consigue desplegar un discurso sobre un tema que, teniendo en cuenta la antigüedad de su tratamiento y la variedad de sus respuestas, hoy necesita ser repensado para obtener nuevos sentidos, nuevas verdades. Es por ello que el libro se propone como una búsqueda interesante en esa dirección.

RAUL GARCIA

xtraordinario

›sabe nada del paisaje en "Camino al Sur"; o la historia de Aleida Jaicay, de su enfermedad y transfiguración, contada por la güela a otras mujeres, en "Boca de dama".

A fuerza de "hacer que afloren el misterio y los viejos flacos montados a caballo y los jardines de cerezos y los perales en flor y las princesas locas", función primordial de la escritura para Gorodischer, los cuentos de *Técnicas de supervivencia* trabajan esa zona cotidiana con sabor a extraordinario, tan explotada por la escritora rosarina. Sin embargo, el efecto sorpresa, decisivo en este tipo de escritura, no se logra en la mayoría de los cuentos.



GABRIELA LEONARD

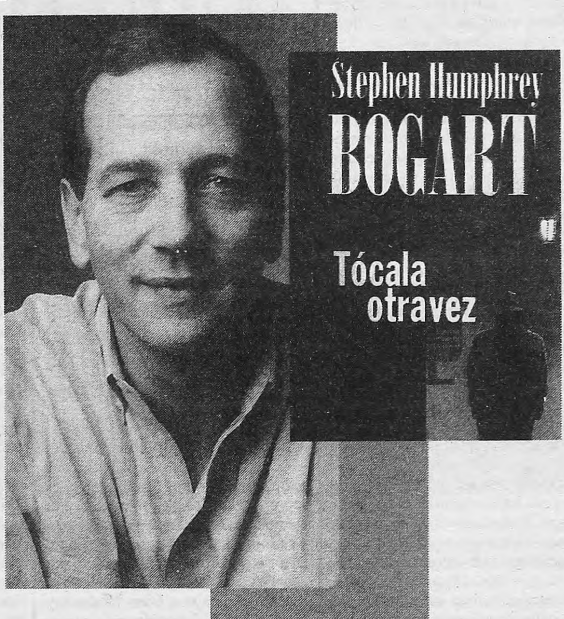




FICCION

Deja el piano en paz, Sam

TOCALA OTRA VEZ, de Stephen Humphrey Bogart. Ediciones B. Traducción de Alberto Coscarelli. Barcelona, 1994, 270 páginas.



El autor no es cualquiera, ni su apellido una casualidad. Hijo de Lauren Bacall y Humphrey Bogart, la foto lo muestra menos rudo que el padre y bastante parecido a la madre. Como elige la policial negra, el género donde sus padres inscribieron algunos de los diálogos y gestos más memorables del cine, sale a competir con una ventaja y una renguera, que llevan el mismo nombre: su apellido. Curiosamente el libro refleja las dos cosas.

Hay que reconocer que no son tiempos de oro para el género. Entre los nombres mayores en ejercicio Ed McBain suele sonar desprolijo, Elmore Leonard confía demasiado sólo en su capacidad de crear personajes pintorescos, o el "duro" James Ellroy sigue corriendo a todo pulmón 50 o 100 páginas más allá de la línea de llegada, a sangre y fuego.

En ese marco, la primera cuarta parte de *Tócala de nuevo* (línea famosa y de hecho mítica de *Casablanca*) es un alivio. Allí Stephen suena a un Chandler menor con condimentos nuevos, bien anclado en la ironía y la atmósfera. El viejo tono suena mejor que en el mediocre Robert Parker, un supuesto heredero.

R.J. Brooks es detective privado, investiga divorcios, tiene relaciones ocasionales con sus clientes (puesta al día del respetuoso Marlowe chandleriano), aunque cuando es una buena chica le perdona la vida porque se niega a aprovecharse de una mujer en copas. Tiene opiniones a la Chandler, pero con audacia moderna: "Si el tipo quería follarse a un mono albino, R.J. no tenía nada que objetar, siempre que al mono no le importara". El modo en que se enfrenta a la sociedad es personal y claro: "No le gustaban los taxistas. También le desagradaban los políticos, los figurones del teatro, los grandes empresarios, los racistas y las feministas en activo". Para perfeccionar el tono clásico, hay buenos personajes secundarios: el tío Hank, mexicano y paternal; Hookshot, kioskero que domina una folletinesca red de pibes espías; los infaltables "canas" simpáticos o cretinos.

Su cruz es a la vez contemporánea y eterna: "Era un tipo bastante normal. Para empezar, como muchos otros tipos, tenía problemas con su madre". Esa madre, vaya casualidad, es una ex actriz de cine, como la Bacall.

El problema es que una vez con las cartas ganadoras en la mano para hacer pasar un buen rato al lector, Bogart no hace honor al apellido: arruga. En vez de seguir construyendo con paciencia la atmósfera hace que R.J. se entere de que asesinaron a la madre y se olvide de las frases ingeniosas. El texto cae de la sabrosa literatura popular primero en un guión de cine y después en otro de televisión, convencional y rutinario.

Hay un psycho-killer de pacotilla, una acción tan previsible como un recibo de alquiler, una periodista feminista y vegetariana. Aumentan los guiños de autor "políticamente correcto", impensables en un buen autor de serie negra. Lo que arrancó como un replay honesto de Chandler termina siendo un capítulo cualquiera de la serial *Spenser*.

ELVIO E. GANDOLFO

SEBASTIAN SALAZAR BONDY (1965-1995)

EL MAESTRO DE TODOS LOS PERUANOS

Hace treinta años moría el autor de "Lima la horrible", uno de los clásicos más admirados de la literatura peruana. Salazar Bondy, evocado en este texto escrito especialmente para "Primer Plano" por José Miguel Oviedo, profesor de la Universidad de Pennsylvania, no fue ajeno a Buenos Aires, donde triunfó en los años 50 como autor teatral y publicó algunos de sus mejores libros.

JOSE MIGUEL OVIEDO

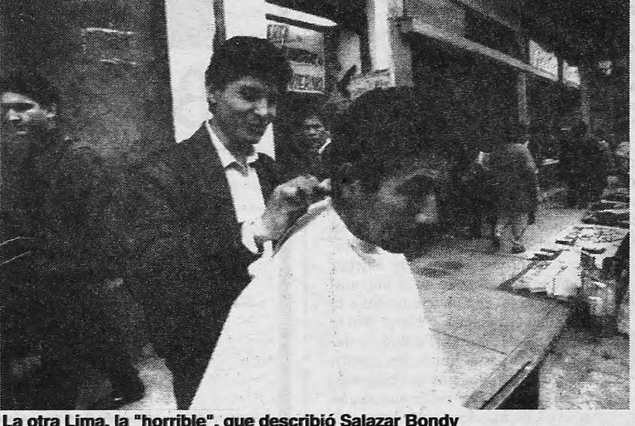
Quién lo creyera: este 4 de julio se cumplen treinta años de la muerte de Sebastián Salazar Bondy, dramaturgo, poeta y periodista. En 30 años caben más de una generación, innumerables cambios históricos y culturales (el Perú que él vivió ya no existe), muchos olvidos y muchas novedades que arrinconan el pasado y atienden a reducirlo precisamente a eso: memorias de un tiempo ido y que ya pocos reconocen o valoran, aturdidos por el fragor de la vida diaria. Muchos peruanos quizá ya no lo recuerden ni hayan leído su obra, lo que es irónico porque su presencia configuró de un modo decisivo una época del periodismo y las letras del país. A tal punto eso era cierto que era innecesario entonces usar su nombre completo para referirse a él: uno decía "Sebastián" y todo el mundo sabía a quién se refería.

Siento una mezcla de incomodidad y orgullo al declarar que yo fui uno de sus más cercanos amigos en lo que apenas fueron seis años, los últimos de su vida. Incomodidad porque decir eso de un hombre que tuvo incontables amigos y fue tan querido suena a vana pretensión; orgullo porque era una persona en muchos sentidos excepcional. De hecho, debo decir que tanto su vida como su muerte (y, por cierto, su obra) han dejado una huella imborrable en mí. Más aún: puedo agregar (con orgullo y sin ninguna incomodidad) que es difícil que haya pasado un día de estos últimos 30 años en que yo no haya recordado o soñado una palabra, un gesto, una broma, una imagen escrita o vivida de mis años al lado de Sebastián. Es la persona muerta que recuerdo del modo más espontáneo y frecuente; así, en cierto sentido, estas tres décadas también las hemos pasado juntos. Tanto para los que no lo conocieron como para los que, como yo, lo recuerdan, quiero explicar por qué.

Como suele ocurrir, nuestra amistad comenzó por accidente. Varios años mayor que yo, Sebastián era un escritor ya bien establecido cuando yo era un mero estudiante universitario. El azar nos había hecho vecinos: yo vivía entonces en una casa en el barrio de Santa Beatriz, y él a la vuelta de la esquina, junto con su madre y su hermano Augusto, el filósofo recién vuelto de Europa. Yo lo veía de lejos, pero nunca me había atrevido a hablarle. Cuando gané un premio teatral con una obra cuyo título ha sido piadosamente olvidado por todos, Sebastián vino en persona a darme la noticia. Recuerdo lo que me dijo: "Al abrir el sobre, vi que tu dirección era del barrio. Yo pensé: 'Tengo que saber quién es mi vecino'". La pasión por el teatro (que él me inoculó con su entusiasmo), la literatura y el periodismo nos unió después y por años que fueron breves pero intensos. Creo que por culpa suya yo hice mis primeras armas como crítico teatral en *La Prensa*, donde él colaboraba en la página editorial.

Su otra pasión era la política y creo que también me la contagió. Decir que no siempre coincidíamos es quizá un eufemismo: discutíamos a gritos y con una terquedad a toda prueba, aunque la llamábamos razonamiento. La política peruana andaba además muy agitada entonces (¿alguna vez no lo ha sido?) y Sebastián fue una de las víctimas de la lucha de trincheras periodísticas: sus diferencias con las ideas impuestas en *La Prensa* por Pedro Beltrán, la *bête noire* favorita de todos nosotros, forzó su renuncia al diario, donde había pasado años tecleando sus artículos –yo lo veía en mis frecuentes visitas a la redacción– en una de esas venerables, sufridas e indestructibles máquinas Underwood.

Aunque el verdadero gran tema de nuestras conversaciones era, por cierto, la literatura, hablábamos de todo y sobre todos: lo cercano y lo lejano, los amigos y los enemigos, lo que queríamos y odiábamos, lo banal y lo sublime. Ese intercambio era fascinante para mí porque aprendía ydescubría cosas que me deslumbraban, pero para un observador imparcial seguramente parecían algo distinto: peleas insensatas y hasta agresivas que, sin embargo, terminaban entre risas; nos burlábamos sobre todo de nosotros mismos. Por ejemplo, discutíamos porque a él le gustaba la música criolla, que a mí me dejaba un poco frío, tal vez porque por aquella época yo había descubierto el jazz y deliraba con Dave Brubeck y Jimmy Giuffre. Sebastián y yo tuvimos ese tipo de amistad que no excluye nada y lo cuestiona todo. A veces la discusión se ponía tan agria que, cuando nos despedíamos, yo me decía que sería difícil volver a verlo. Pero no pasaban muchos días sin que una llamada telefónica o un encuentro en algún lugar nos hiciese olvidar todo y reanudar el estrecho lazo.



La otra Lima, la "horrible", que describió Salazar Bondy

A veces, era él quien tomaba la iniciativa para hacer las paces, lo que no dejaba de conmoverme: nos necesitábamos para conversar, reírnos y también para pelear, como perros callejeros del mismo vecindario. La diferencia de edad y mi limitada experiencia del mundo (yo apenas había viajado a Buenos Aires, junto con Ciro Alegría y José María Arguedas; Sebastián había tenido una juventud bohemia y lamentaba "la falta de aventura" en mi vida) excitaban esas espléndidas disputas que sólo servían para conocernos y unirnos más.

Su amistad creó varios ritos y costumbres, algunos de los cuales todavía cultivo. Uno de ellos era la reunión de los sábados, no sé si instituida por Sebastián pero en todo caso organizada por él durante varios años. Era tan celoso del rito sabatino que yo evitaba ese día compromisos que lo impidiesen o en los que él no estuviese presente. Recuerdo que un sábado tuve que asistir a una boda; Sebastián ridiculizó la formalidad de ese compromiso social y sólo aceptó que yo concurriese a él si le prometía zafarme temprano y sumarme luego al grupo, promesa que por cierto cumplí puntualmente. Las reuniones sabatinas eran una religión que él oficiaba y yo secundaba como acólito, aprovechando el hecho de que el azar nos había hecho otra vez vecinos: al casarse con Irma él fue a vivir a Miraflores, otra vez a escasa distancia de mi nueva casa familiar.

Nos juntábamos generalmente en su departamento, tomábamos unos tragos hasta que el grupo estaba completo. Luego íbamos a cenar, casi invariablemente a un "chifa" (hoy desaparecido) del centro de Lima y años después a otro en Miraflores. Comer era un pretexto para estar reunidos, charlar, chismear, reírnos a gritos con las anécdotas y bromas que Sebastián contaba con un arte inigualable. Algo singular de esas reuniones era la exacta combinación de lo conocido y lo novedoso que configuraba nuestra ceremonia; había muchos sobreentendidos que los no iniciados podían no entender, y que eran parte de nuestro placer. Recuerdo que nuestros chistes –traviesos, impertinentes, maliciosos– formaban un repertorio establecido, cuyo efecto no se basaba en la sorpresa, porque los repetíamos casi cada sábado y nos hacían reír siempre más. (Los que sobrevivimos del grupo a veces los seguimos contando, como si fuesen propios, a personas que no saben nada de Sebastián). El grupo se formaba tumultuosamente con amigos y gente nueva, que se adhería temporalmente a él o que pasaba por Lima y era reclutada por Sebastián. Eran escritores, periodistas, pintores, arquitectos, profesores, políticos, a veces simplemente gente simpática.

Nosotros y pocos más éramos los "fijos", el resto fue cambiando a lo largo del tiempo; cuando los repaso en mi recuerdo, la lista resulta impresionante: Fernando de Szyszlo, Blanca Varela, Emilio Adolfo Westphalen, Javier Sologuren, Mario Vargas Llosa, Abelardo Oquendo, José Matos Mar, Luis Loayza, Francisco Moncloa; y entre los extranjeros que estuvieron de paso: Alberti, Neruda, Jorge Guillén, Jaime García Terrés, Héctor A. Murena, Carlos Martínez Moreno... Como un organismo vivo, el grupo se extendió y se integró con otros, como el de la Peña Pancho Fierro, donde a veces caíamos los de los sábados y nos encontrábamos con sus anfitriones, José María Arguedas y Celia y Alicia Bustamante, alrededor de los cuales giraba otro mundo: el del arte popular y elauténtico espíritu andino. El círculo de amigos de Sebastián era enorme y ilimitado; yo llegué a heredar algunos de ellos, que luego se volvieron personas entrañables y estrecharon sus vínculos conmigo tras su muerte; uno de ellos es Kuroki Riva, en cuya maravillosa casa de San Isidro, llena de recuerdos de Sabogal y Sérvulo, íbamos a veces con Sebastián a cenar y a encontrar más amigos.

Aprendí mucho, de todo, en esas reuniones que ahora son para mí retazos de una felicidad que no supe reconocer, quizá porque pensé que la intensidad y el frenesí que desplegaba Sebastián eran la norma. Diré que no creo que, pese a eso, su obra escrita haya "influido" directamente en mí; su influjo no es literario sino vital: un modo de entender el acto de crear y de estar en el mundo. Y hay cosas que no supe aprender bien de él pero que siempre admiré: su habilidad para relacionarse con gentes de toda clase y tratarlas como iguales. Lo vi con mis propios ojos: cuando ambos trabajábamos en *El Comercio*, él en la página editorial y yo en el Dominical, solíamos caminar juntos el camino que llevaba del diario a la Plaza San Martín, donde tomábamos el colectivo a Miraflores. Ese camino, que no llevaba más de 15 minutos, duraba el doble porque Sebastián se detenía a conversar con la gente que encontraba y lo saludaba afectuosamente en la calle: el vendedor ambulante, el político, el mozo del café, la señora elegante, el frutero, el actor sin trabajo. Todos lo conocían y lo querían; creo que hasta sus enemigos lo apreciaban a regañadientes. Vi a algunos de ellos, consternados, el día de su entierro, al que concurrieron desde el alcalde de Lima hasta obreros y niños de colegio.

Su muerte me afectó profundamente y no estoy seguro, todavía hoy, de haberla aceptado del todo. Cuando murió en un hospital de Lima, víctima de una afección hepática (yo velé su última noche), el mundo que compartía con él se detuvo brutalmente: era la primera pérdida seria que yo sufría y no estaba preparado para ella. Varios días después no sabía de qué hablar, no lograba interesarme en nada: sólo pensaba en él y hablaba a solas con él. Sentí que había muerto el hermano mayor que no tuve, que me había hecho conocer tantas cosas, entretenido con su humor, ilustrado con sus artículos y conmovido con sus poemas. En medio de nuestras diferencias, compartíamos pasiones, creencias y secretos. Nuestras vidas se habían entremezclado de un modo que pocos podían sospechar. Yo me sentía orgulloso de que él hubiese citado una frase mía en su ensayo *Lima la horrible*, compuesto en tiempos muy difíciles para él de los que fui muy cercano testigo; y quizá nadie sepa que si un personaje de su pieza *El fabricante de deudas* se llama "Obedot" es porque así pronunciaba mi nombre su pequeña hija Ximena.

Me considero afortunado de ser una entre tantas personas que fueron tocadas por su presencia. Quienes no la disfrutaron pueden consolarse leyendo sus libros. Pero creo que la verdadera obra de Sebastián está en la conjunción de esos dos aspectos indesligables en él: el gozoso arte de vivir y el melancólico arte de escribir que cultivó con la gracia y el ardor que pocos alcanzan ●

ALISTER RAMIREZ MARQUEZ

Updike usa corbata y traje oscuro. La fotografía que el artista Richard Avedon tomó para un número especial de los colaboradores asiduos de la revista *The New Yorker* suavizó sus rasgos de halcón. Su cabello es canoso y las cejas son enmarañadas como sus cuentos, que relatan truculentas historias sobre la vida de la clase media norteamericana. El conjunto de sus facciones afiladas se asoma en las sombras, como las siluetas del Cañón del Colorado, que sólo se forman con el resoplo del viento y paso de los siglos.

John siempre ofrece humildes respuestas a preguntas académicas y además sabe reírse de sí mismo. Por ejemplo, confesó una vez al *New York Times* que, aparte de su deseo de convertirse en piloto, detective privado o Errol Flynn, su verdadera ambición fue llegar a ser un dibujante de figuras animadas de Walt Disney. Desde muy temprano le atrajeron las ilustraciones, poemas e historias del *New Yorker*. Posee sentido del humor y lo sabe expresar a la perfección en obras como *Las brujas de Eastwick*.

–*¿Cómo se considera usted: moralista o cronista de la clase media estadounidense?*

–Supongo que gran parte de mi existencia la he vivido en la clase media, que para mí es un segmento amplio de la población norteamericana. Es así como escribo sobre las condiciones de vida que durante muchos años presencié y experimenté en carne propia. De tal forma, cuento historias acerca de personas que defino como "gente simple que lleva vidas sencillas". Con esto deseo indicar que hablo de los conflictos rutinarios de la familia norteamericana que vive en los pueblos o en los suburbios de las colosales metrópolis de Estados Unidos. Asimismo, describo las relaciones entre esposos, padres e hijos y los lugares de trabajo y socialización de la clase media. Por otro lado, pienso que la vida de los ricos, la gente poderosa y con glamour no es interesante para mí. Al fin y al cabo, la clase alta es un grupo minoritario.

–*¿Qué quiere decir cuando afirma que: "En este momento algo tenebroso sucede en los hogares"?*

–El hogar es el sitio donde se llevan a cabo los intercambios formativos y se experimentan los momentos más íntimos de nuestras vidas. Por supuesto, Freud es el gran poeta y el mejor expositor de los dramas familiares. El mensaje subyacente de la expresión: "Hay algo anormal que ocurre con la familia", apunta a describir la crisis espiritual del hombre contemporáneo: el esposo que tiene miedo de abandonar a su esposa por una amante, el manejo de la culpabilidad por dejar a los hijos, dilemas de orden religioso, como por ejemplo cuando la fe se desvanece porque ya no existen respuestas divinas que apacigüen la ansiedad de la vida diaria.

–*¿De qué manera influyeron en su carrera sus estudios en la Escuela de Dibujo Ruskin en Oxford?*

–Fue una buena experiencia, tanto el hecho de vivir en Inglaterra como la posibilidad de refinar mi talento en el dibujo y la pintura. En las clases de arte aprendí, entre otras cosas, a descubrir el universo visual. Sin embargo, más tarde me incliné por la profesión de escritor y terminé vendiendo poemas y cuentos. Confieso que siempre quise ser un caricaturista de Walt Disney o por lo menos del *New Yorker*. Ahora soy solamente una sombra de aquellos sueños.

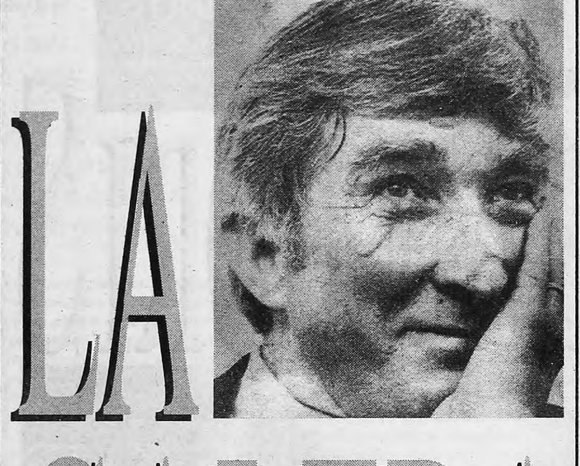
–*¿Qué tipo de género prefiere: la novela, la poesía o el ensayo?*

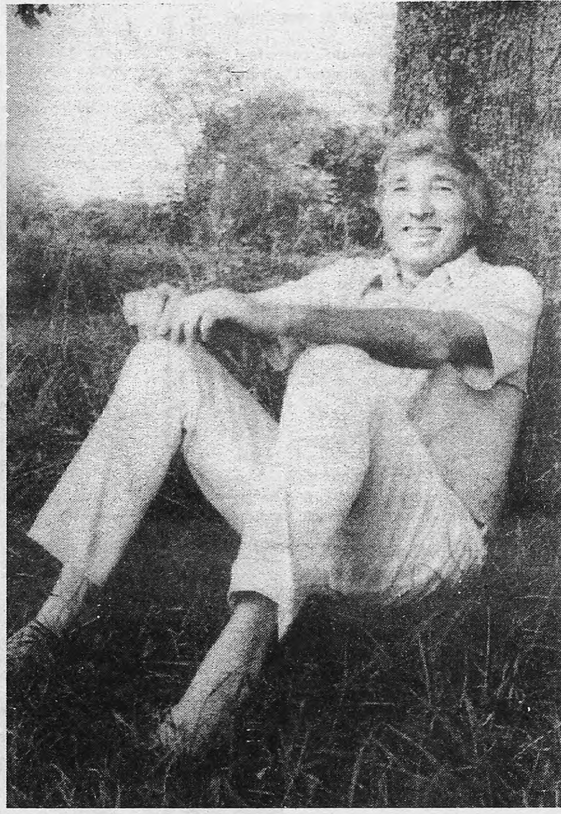
–Todos los géneros literarios poseen sus propios placeres. Por ejemplo, un poema bien escrito es excitante. Ahora bien, considero que el proceso y el resultado final de una novela es más satisfactorio. Al mismo tiempo me produce gran alegría

Uno de los mayores intelectuales norteamericanos habló con Alister Ramírez Márquez, cronista colombiano, sobre el realismo mágico latinoamericano, Borges, sus lecturas teológicas y sus visiones pesimistas del siglo XXI.

ENTREVISTA EXCLUSIVA A JOHN UPDIKE

LA GALERA DEL CONEJO





desarrollar mis propias ideas con respecto a un tema, como es el caso de los ensayos que, por cierto, logro escribir con mayor rapidez que otros géneros.

–¿Cree que parte de su obra asimila algunas líneas del realismo mágico?

–Me encanta Borges. El fue el primer escritor latinoamericano fantástico que leí. Admiro de una manera respetuosa *Cien años de soledad*, pero el resto de la obra de García Márquez no me llama mucho la atención. De igual manera, me gusta Bioy Casares, aunque la mayoría de su trabajo no es en realidad fantástico. Me parece que uno de los aspectos más sobresalientes del realismo mágico consiste en que crea una imagen cercana a la verdad del mundo subjetivo de la vida cotidiana en Latinoamérica. Por otra parte, el realismo mágico es demasiado literario y se vuelve un tanto aburrido. Por mi lado, intenté a través de novelas como *Copa* y *Brasil* emular el uso del espacio ficticio del realismo mágico. En *Copa* muestro cómo la lengua es una herramienta de control de la cultura y la política. En *Las brujas de Eastwick* no se presenta un límite entre la fantasía y la realidad: por ejemplo, las bolas de tenis se transforman en objetos incontrolables. La historia se desarrolla en un pueblo de Rhode Island en 1960. Los personajes son tres mujeres de 30 años, divorciadas, que desean liberarse de los rigores del puritanismo de Massachusetts y de la estructura patriarcal. Los problemas comienzan cuando Darryl Van, un músico neoyorquino, solterón y ardiente, llega a Eastwick. Darryl es un hombre vulgar de Nueva York pero logra seducir a las tres provincianas. Para las mujeres él representa el príncipe de las tinieblas y es símbolo de su liberación. Sin embargo, la única forma de combatir el mal es por medio del arte.

–¿Qué tipo de interés siente por la teología moderna?

–Leo a Kierkegaard, Chesterton, Karl Barth y algunas obras de Paul Tillich con el propósito de entender mi naturaleza y los apuros humanos. Tengo la impresión de que a los autores mencionados ya no se los considera modernos.

–En su obra Conejo es rico, *que es parte de una trilogía, el personaje se convierte en el nuevo rico. ¿Cómo describe al protagonista?*

–Conejo posee una riqueza determinada por su posesión material de las cosas. Cabe recordar que el período de la posguerra en Estados Unidos se caracterizó por una sensación de prosperidad y derroche. Mi personaje es el producto de una Norteamérica poderosa. A sus 43 años, el protagonista tiene una buena posición económica, juega golf con sus amigos en el club porque el baloncesto ya no es parte de su vocabulario. Por primera vez en su vida se siente feliz y admite que lo es también con su esposa Janice.

–¿Cómo se imagina a Estados Unidos en el siglo XXI?

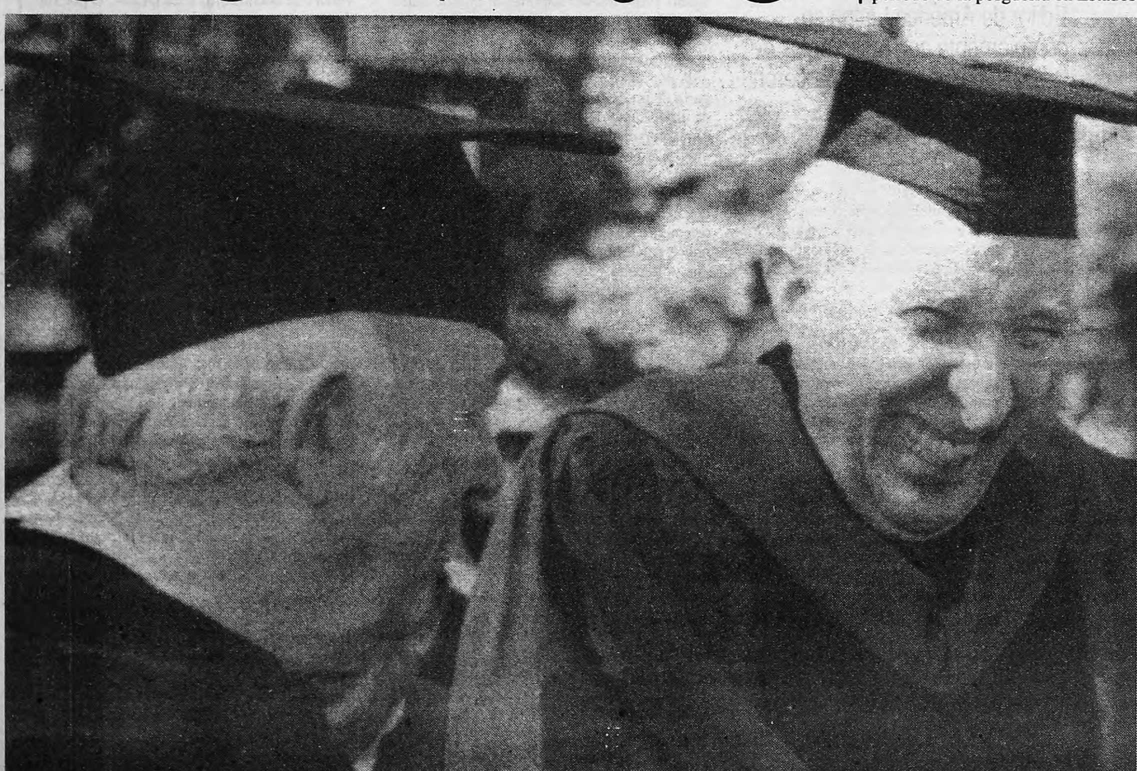
–Como un país poderoso y rico, pero con muchos problemas. Por ejemplo, la deuda interna y externa no es saludable para la economía. Asimismo, el manejo de las divisas no es apropiado si tenemos en cuenta que países como Alemania y Japón recibieron un premio gratuito por perder la Segunda Guerra Mundial. Estados Unidos financió sus economías a un costo muy elevado y sin ningún beneficio a cambio. Algunos países del Tercer Mundo se están industrializando, lo que significa mayor competencia en el mercado. Por ahora estimo que los recursos básicos de Estados Unidos no desaparecerán de la noche a la mañana, así como tampoco la sordera del sistema político.

–¿Cuál es la importancia de Whitman, Melville o Hawthorne para la literatura norteamericana?

–Whitman, Melville o Hawthorne son claves porque fueron los primeros en identificar el tono original de la literatura norteamericana. Cualquier escritor que pretenda desarrollar su propia voz debe incluir dichos autores clásicos en sus lecturas. La mezcla de sus ambiciones metafísicas y la dureza del sentido común son ideas permanentes de libertad y, a la vez, intoxicación del alma.

–¿Qué opinión le merece el futuro de la literatura en Estados Unidos?

–Hombres y mujeres continuarán produciendo ficción y poesía. Dudo que se vuelva a repetir el tipo de celebridades del calibre de Hemingway. Sin embargo, la recompensa por el placer de la lectura nunca pasará de moda, aunque me parece que muy pocos estarán capacitados para descubrir elpremio de un poema o una novela. La TV y los ordenadores están gestando una mentalidad posletrada



Updike (derecha), doctor honoris causa en Harvard.

–Dígame, Boris, ¿qué título le podríamos poner a este libro?
–"Memorias de un pelotudo", como una forma de juguetear con el idioma. O "Mi anteúltima errata", la última va a ser morirme.
(Diálogo D.Maunás y B.Spivacow)

Un libro debe construirse como un reloj y venderse como un salchichón.
Oliverio Girondo

SPIVACOW: MEMORIA DE UN EDITOR

EL GRAN BORIS

MIGUEL RUSSO

Buenos Aires, 1925: Boris, un chico de unos diez años, sale corriendo de una librería. Agitado y feliz, lleva –como si estuviera poseído– un libro entre sus manos. Sintiéndose ya parte de la aventura que le promete Salgari, cruza la calle sin mirar y se lleva por delante un auto. El golpe, aunque feroz, no logra detener su carrera. El conductor, sin entender del todo lo que acaba de suceder, observa cómo esa tromba rubia que acaba de rebotar contra su auto sigue corriendo y se mete en una casa de la avenida Santa Fe al 1100.

Las vecinas, una vez pasado el susto, continúan con su charla acerca de las locuras del hijo de la ucraniana, la del taller de modas. No podían imaginar que si ese chico salía sólo cinco minutos antes de la librería y el auto lo hubiera atropellado a él, la historia editorial argentina sería otra, de una manera irremediable.

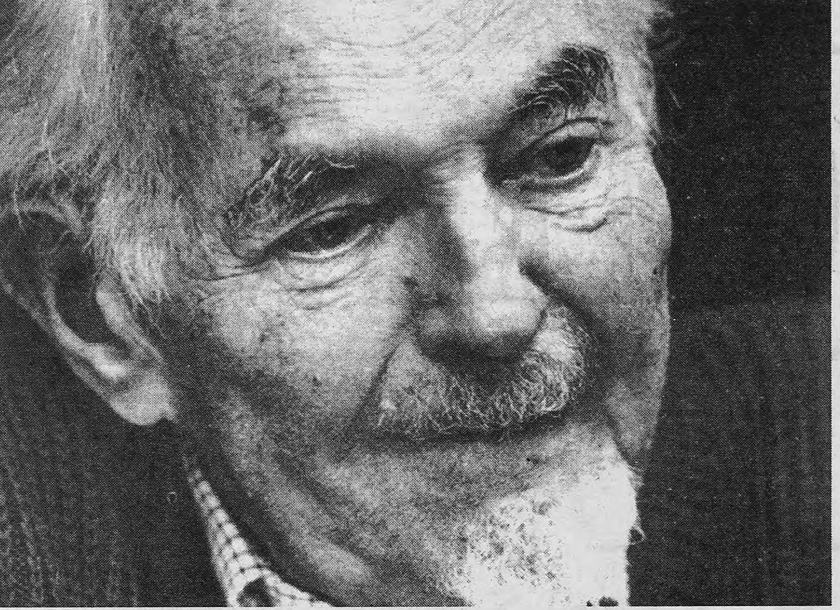
Es cierto que cualquier anécdota marca un suceso curioso, no esencial, en la vida de una persona. Pero, cuando comienzan a sumarse de una forma que se adivina cronológica, el resultado termina siendo una historia vívida y real. Y ese es el caso del libro en el que Delia Maunás recopiló sus charlas con Boris Spivacow –aquel chico que se llevaba coches por delante–, todos los martes durante siete meses, entre octubre de 1993 y junio de 1994: *Memoria de un sueño argentino*.

Realzado por los testimonios de varios familiares y de personas que trabajaron con él y por los informes de su trayectoria a cargo de Víctor Pesce y Carmen González de García, este libro se constituye en un recorrido por los últimos cincuenta años de historia nacional con un cicerone de lujo: Boris Spivacow, el legendario director de EUDEBA y del Centro Editor de América Latina. Y hay historias que deben ser referidas sólo de una manera: así como las antiguas tribus se reunían alrededor de un buen fuego para que el narrador creara la atmósfera propicia para el relato o así como un niño va entrando en el sueño del cuento.

Delia Maunás elige dejar hablar, acotar sólo para que el relato prosiga, no interrumpir, hacerse a un lado y permitir que el sueño forme un entramado de situaciones donde todo se haga presente. Ya sea Radovitsky volviendo a disparar contra el jefe de policía Ramón Falcón, o el Alejo de Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*. Ya sea la presentación de una colección del CEAL en un local enorme y vacío de la avenida Corrientes (donde más tarde estaría la librería Fausto) que duró quince días y en los cuales actuó una orquesta dirigida por el Tata Cedrón o la fatídica Noche de los Bastones Largos del gobierno de Onganía y la quema de libros con la cual otra dictadura, esta vez la del Proceso, pretendía imponer una verdad tan absoluta como imbécil. Y siempre, de forma primordial, el humor de Boris y sus recuerdos.

Entonces, cuenta: "En Losada estaba de director de las colecciones literarias Guillermo de Torre, que había hecho publicar a muchos autores de literatura moderna. Era cuñado de Borges. Era sordo y, en general, un poco pesado. Dicen que una vez le preguntaron a Borges `Dígame, Borges, ¿cómo se lleva usted con su cuñado?' `Mire, yo no lo puedo ver y él no me puede oír'".

LOS NOMBRES Y LOS DIAS. Como restándose importancia a sí mismo, Spivacow enumera amigos, camaradas de ruta, compañeros de una etapa que desde 1948 lo tuvo como personaje central de una aventura intelectual –cuando por entonces la edición de un libro lo era–: Héctor Germán Oesterheld, Hugo Pratt, el filósofo italiano radicado en la Argentina Rodolfo Mondolfo, Gino Germani, Conrado Nalé Roxlo, Pedro Orgambide, José Bianco, Graciela Montes, Roger y Alberto Plá, Beatriz Sarlo, Luis Alberto Romero, Juana Bignozzi, Oscar Steimberg, Mirta Arlt, Oski, Carlos Gorriarena, Juan Carlos Castagnino poniéndole un rostro inconfundible al Martín Fierro. Y también los editores de entonces: Butelman y Bernstein al frente de Paidós, don Gonzalo Losada, Arnaldo Orfila Reynal en Fondo de Cultura Económica o en Siglo XXI, López Llausás en Sudamericana y Bonifacio del Carril en Emecé.



"Spivacow. Memoria de un sueño argentino", editado por Colihue, es una extensa entrevista de Delia Maunás al legendario inventor de colecciones que hacía posible el acceso al libro a sectores donde nunca había llegado antes. La charla con el director de EUDEBA y del Centro Editor de América Latina se complementa con testimonios de todos aquellos que compartieron su aventura.

De todos, y para todos, hay un recuerdo, un imprevisto, una historia que, por sí misma, daría material suficiente para otro libro.

Spivacow estaba allí, en las oficinas de la editorial Abril hasta 1958, como gerente de EUDEBA o como director del Centro Editor de América Latina. Los gobiernos pasaban y los golpes militares derrocaban y rompían una y otra vez el sueño argentino, pero Boris seguía.

"Yo le exigía a la gente que trabajaran como burros porque pensaba que estábamos haciendo algo importante para el país y para la cultura", dice. Y como muestra de ese algo importante, quedaron las colecciones *Los pequeños grandes libros*, *El Gallo de Oro*, *Bolsillitos* o *La Marcha de los Héroes* en Abril; *Cuadernos*, *Ediciones Previas* y *Serie del Siglo y Medio* en Eudeba; y las míticas *Serie del Encuentro*, *Cuentos de Polidoro*, *Capítulo Argentino*, *Los Hombres de la Historia*, *Mi país, tu país*, *Siglomundo*, *Capítulo Universal*, *Historia de América Latina en el siglo XX*, *Narradores de hoy*, *Historia del movimiento obrero* y *El país de los argentinos* del CEAL con las cuales crecieron, se divirtieron y estudiaron las sucesivas camadas de intelectuales argentinos.

Visionario, Spivacow fue el primero en incorporar a sus colecciones, allá por el hoy tan lejano 1968, nuevos soportes al mundo editorial. "Uno de los primeros elementos fue un disco que acompañaba el fascículo correspondiente –se trataba de la colección *Siglomundo*, dirigida por Jorge Lafforgue–. El disco tenía una parte de un discurso de Hitler, otro fragmento de un discurso del Che Guevara... y así de distintas personalidades políticas. En cierto momento se prohibió *Siglomundo* por indicación no me acuerdo si de la Side o de la policía, y una de las razones que dieron fue que el disco era `excesivamente antirracista'". Le secuestraron ciento sesenta y cinco mil ejemplares que nunca volvieron a ver, pero Spivacow inició un juicio, lo ganó y volvió a sacarla completando una serie de ciento diez entregas semanales.

Como para que no queden lugar a dudas, en la editorial Abril publicó por primera vez, y en la colección "Ciencia y Sociedad" que dirigía Gino Germani, dos libros que serían clásicos indiscutibles de la sociología: *El miedo a la libertad* de Erich Fromm y *Adolescencia y cultura en Samoa* de Margaret Mead.

Los testimonios que fue recogiendo Delia Maunás acentúan los rasgos epopéyicos de Spivacow. La editora mexicana Marta Acevedo, por ejemplo, recuerda su primer encuentro: "Conocí a Boris una tarde en las oficinas del CEAL. Me parecieron como de antología... unos techos altos, las bibliotecas de madera, viejísimas, llenas de libros, materiales impresos por todas partes, un piso que rechinaba, sillas y sillones que se hundían... y él frente a la ventana ¡con un humor! Llevaba un sweater azul y parecía un viejo marino".

Pero el viejo marinero no sólo comandaba el barco editorial desde la cabina de mandos. "Iba haciendo su recorrida de kioscos para ver cómo habían andado las colecciones, anotando en sus papelitos cuadriculados -no usaba máquina de escribir, tenía una letra inmensa. Incluso recorría los kioscos de los subtes haciendo las más extrañas combinaciones. Verificaba las ventas; tenía sus amigos kiosqueros de años que le contaban", cuenta Graciela Montes.

Y mientras el mito crece, Delia Maunás coloca, a la perfección, cuotas del humor de Spivacow, como la que parece una reflexión sobre la forma que tuvo él de relacionarse con el mundo del libro: "Una muchacha va caminando sola por un bosque. De pronto, le parece oír, a lo lejos, un pequeño ruidito. Se da vuelta, no ve a nadie. Sigue caminando, pero el ruido se acrecienta y le parece que son pisadas. Se sobresalta. Empieza a caminar más rápido... y los pasos también. Esos pasos que le parecía oír empiezan a avanzar más rápido. Se sobresalta más. Echa a correr y oye que alguien corre detrás de ella. Jadeante, en cierto momento se detiene, se vuelve y ve a un hombre. Le dice `¿Qué quiere usted de mí?' `Yo... nada, señorita, el sueño es suyo'".

EL OFICIO TAN TEMIDO. Al recorrer *Boris Spivacow. Memoria de un sueño argentino* se participa de un viaje tan alucinante como imprescindible por una Argentina que, hoy, parece poco menos que irreal. Por ejemplo, las tiradas de fascículos de poesía (en la colección *Los grandes poetas*: Darío, Maiacovski, Machado, Eluard, Girondo, Vallejo, Martí, Lee Masters) de veinticinco mil ejemplares; o la anticipación de inmiscuirse en la vida cotidiana con la serie de *La historia popular*, esos libritos cuadrados que mostraban, como decía su subtítulo "la vida y milagros de nuestro pueblo": el colectivo, las cárceles, los fusilamientos de la Patagonia, la bohemia, la prostitución, el anarquismo, la "mala vida".

Y Boris canta, no puede dejar de cantar al hilvanar sus recuerdos, como si fuera una ópera y él dirigiera su propio coro. Delia Maunás apunta: "Qué mala será mi pena que sólo sabe penar"; "Parezco mucho y soy poco, esperemos y esperemos, pa' cuando salga de pobre, viditay, conversaremos"; "Qué cosa triste es ser río, yo quisiera ser laguna". Ocurre que, como él mismo dice, "antes lo hacía todo cantando, trabajaba cantando".

Esa alegría no era sólo un regalo que Spivacow se hacía a sí mismo. "De toda mi experiencia en el mundo editorial, puedo decir que nunca tuve tanta libertad para imaginar cosas y para poder convertirlas en realidad", dice Luis Gregorich recordando su trabajo con Boris. O el recuerdo de Aníbal Ford al dirigir una de las tantas colecciones de EUDEBA durante la década del 60: "Era un trabajo bastante loco e inédito en una editorial argentina. Boris era así. Tampoco era un trabajo fácil, porque no todos veían con buenos ojos a EUDEBA. O por zurda, o porque rompía los cercos de una cultura de elite con sus tiradas masivas y económicas –esto irritaba mucho a algunos popes de la cultura–, o simplemente porque con sus traducciones les movía el piso o les hacía peligrar sus libritos de cátedra".

Como resultado de esa alegría y de esa libertad, las colecciones que creara, dirigiera o editara Spivacow, siguen dando vueltas allí donde haya alguien dispuesto a entender y aprender. Sea literatura, sociología, geografía, mitología o historia. Pero, como lo hace Delia Maunás en su libro, es preferible dejar hablar. Entonces, la voz de Spivacow vuelve a sonar, reavivando con sus declaraciones una vieja discusión acerca de la tarea del editor que hoy, a la vista del complejo y crítico panorama editorial argentino, se torna de resolución imprescindible: "Para muchos, ser editor es un oficio como cualquier otro, como fabricar salchichas que le gusten al público, para que el público las compre, las coma y gaste más. Es decir, buscar los gustos del público, tratar de interpretarlos y ajustarse a ellos para satisfacer esa demanda. Para otros, es formar alpúblico. Para mí, siempre ha sido eso. Es bueno que el público conozca distintas formas del pensamiento humano. Para mí eso es fundamental"